

Jirones de Washington

Gustavo Valle

Llego a Washington con la lectura fresca de *El amor loco* de Breton. Es un libro fascinante por varias razones: prosa febril y lucidísima, desobediencia saludable, autobiografismo sin exhibicionismo y valentía. El amor para Breton es entrega, y toda entrega es valiente, heroica. También tengo fresco un disco de Fito Páez, *Abre*, cuya primera pieza, que lleva el mismo título del disco, es un canto al riesgo de perder, al coraje de dar. Breton y Fito se dan la mano en estos prolegómenos de mi viaje. Además escribo una nota sobre la poesía de Gonzalo Rojas, cuya filosofía de lo relampagueante y lo fosfórico me pone en la circunstancia anímica más apropiada para tomar un avión de la *Northwest* y elevarme a 10.000 metros de altura a 900 kms. por hora. Con este equipaje llego al aeropuerto de Dulles de Washington. Paso por varias «alcabalas» de inmigración, donde siempre intentan hacer de mis respuestas un motivo de culpa. Mi rostro de miliciano sandinista (herencia de mi abuelo disidente del Tacho Somoza) no fue del agrado de los policías norteamericanos. Temo que mi nacionalidad venezolana tampoco. Salí ileso, sin embargo.

Séneca decía que viajar no tiene ningún sentido porque el equipaje que llevamos está hecho con las cosas de donde salimos. Es decir, nos engañamos con la idea del traslado, del cambio geográfico como si de alguna manera ese cambio ocurriese también en nuestro imaginario, en nuestra conciencia. Falso, diría Séneca, lo que no se puede arreglar en un lugar no se arreglará en otro. La única geografía es la que corresponde a nuestro pensamiento y, por lo tanto, no hay paisaje que alcance otra estatura que no sea la del turismo. Séneca vivía encima de unos baños romanos y siempre se quejó del ruido y las voces de los usuarios. Antes de mudarse a otro sitio, decidió sobrevivir en ese desapacible domicilio. ¿Fue una decisión acertada?

Lo primero que sorprende de Washington son sus distancias. Se trata (en realidad es una característica que comparte con casi todas las ciudades norteamericanas) de una ciudad construida en la distancia. Todo es gigante. Todo queda lejos. Todo es espacio en expansión. El *mall*, por ejemplo, flanqueado por los numerosos museos del Smithsonian Institute, y con el Capitolio a un extremo y el monumento a Lincoln en el otro, es una explanada

tan enorme como una pista de aterrizaje. Lo «lejano» viene a ser la condición geográfica pero también la condición humana. La lejanía se establece como principio espacial inevitable y como mecanismo de comunicación. La intimidad se deja en casa. Las calles son siempre ajenas. De ahí que Samuel Morse y Graham Bell no podían ser otra cosa que norteamericanos. La tecnología vino a dar solución a un problema muy concreto en estas tierras: «¿cómo comunicarnos si estamos tan lejos?».

Mientras camino por la Avenida Pennsylvania asisto a dos escenas curiosas. Ambas tienen por protagonista a un *homeless*. Atención, en Washington, capital del imperio, abundan los *homeless*, son legión. El primero barría las aceras con una escoba viejísima, casi inservible, recogía la basura en una especie de bandeja de metal oxidada. Este personaje andrajoso, maloliente, solitario, barría las calles más limpias del mundo. Pensé que podría tratarse de *su* territorio. Es decir, una demostración de que, en el fondo, le importaba la higiene. O si no, que había sido un empleado sanitario toda su vida y, de pronto –capitalismo salvaje, verbigracia– prescindieron de sus servicios. Por último pensé que, sencillamente, estaba loco de remate y no había otra explicación que la demencia.

El otro *homeless* hablaba por teléfono desde una moderna cabina. Era un negro gigante, gordísimo, envuelto en numerosas y superpuestas camisas y franelas y chaquetas raídas, sucias, escandalosamente sucias. La cabina parecía de juguete al lado de este mendigo ciclópeo. Intenté acercarme un poco para ver si entendía algo de su conversación, pero su inglés era incomprendible. ¿Con quién podría estar hablando? Por alguna razón cercana a la chifladura, pensé que era una llamada de amor. Sé que es un poco descabellado, pero algo parecido a la felicidad había en su mirada húmeda. Y aunque no entendía sus palabras, eran palabras dulces. Continué mi camino. Seguí de largo convencido de que ese *homeless* hablaba con su novia.

Mi destino era la *National Gallery of Arts*. Su arquitectura trapezoidal es inquietante. Pei, el arquitecto del Louvre, concibió aquí un edificio mamotético pero encantador. Si horadamos un gigantesco bloque de mármol tendremos la *National Gallery of Arts*. Es como meterse dentro de una escultura de Eduardo Chillida, de esas en las que un cubo de mármol exhibe sus cavidades y se hace –a pesar de su peso y volumen–, ligero, aéreo. Ya adentro, me sorprendió gratamente la sala de Jean Dubuffet (Dubuffet siempre sorprende), y los picassos de la etapa azul. Allí está *La tragedia*, ese lienzo donde una pareja y su hijo pobrísimos se encuentran en una playa con sus ropas hechas trizas y el gesto de la desolación. Es un cuadro muy triste. Para mí tiene un significado especial. Hace muchos años estaba colgada

en la casa de mi madre una reproducción de este lienzo impactante. Al verlo, fue como recuperar un espacio ya perdido y trasladarme de golpe de Washington a Caracas. Me dije: «estos gringos se llevaron el cuadro de casa». Y ahí, en medio del espacio marmolado, pensé en las cosas desaparecidas y en los objetos que sólo la memoria retiene.

Concluyo estos jirones, estas noticias descabaladas con mi visita a Alexandria, el *Old town* de Washington. Se trata de un pueblo viejo, muy bien conservado, que fue tercer puerto del país hace muchos años, después de Nueva York y Boston. Los Washingtonianos acuden los fines de semana a Alexandria para comprar artesanía y comer cangrejo en los restaurantes. Aquí el río Potomac se desliza con tanta pereza que pareciera que llevara pantuflas. Sentado en el muellecito, creí ver que se detenía para saludar. Las gaviotas se posan en el *Steem boat* que recuerda mucho las travesuras de Huckelberry Finn. Sobrevuelan en el muelle y gritan en el aire con una alegría escandalosa. Los turistas toman el sol bajo el cielo azul de la primavera o están a la sombra de los cerezos en flor. De pronto veo que dos mujeres se acercan a la orilla del muelle con un manojito de globos blancos y azules. Ambas agarran el manojito de globos y mirando hacia el cielo, lo sueltan. Se trata de un acto de amor, me digo, o un homenaje funerario, que viene siendo lo mismo. Los globos se alejan empujados por el viento constante. Se elevan a la altura de los aviones que aterrizarán en el Ronald Reagan Airport. Seguí los globos con la mirada. Me propuse verlos hasta el final, en la lejanía. Poco a poco se convirtieron en un punto blanco,forcé mis ojos lo más que pude. Pero el viento los llevó hacia zonas inalcanzables y se confundieron con el cielo hasta desaparecer de mi vista.



María Félix